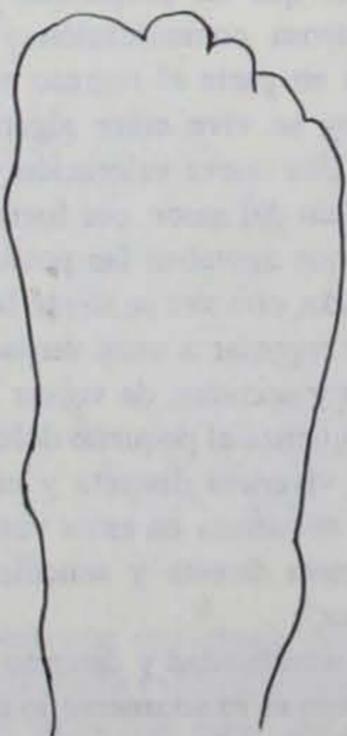


este libro. Si antes he dicho que este autor no muestra ninguna falsa actitud por aparecer como un experto, ahora puedo decir que sí pretende, en este sencillo tejido de historias, mostrarnos todo el amor que ellas encierran.

Estas breves biografías, semblanzas o pequeñas historias que nos llevan al buen puerto de un entendimiento más cercano del bolero como fenómeno de un continente, tienen la gracilidad incomparable de un auténtico contador de anécdotas. Como no lanza juicios de valor o trata de subrayar nada que no sea lo propio de la importancia histórica, por ejemplo, de alguna composición o de algún autor, todo el libro se lee, casi, como si fuese un libro de ficción. En cada párrafo el lector se va introduciendo en ese territorio que, como he dicho, aloja los exponentes de una cultura profundamente romántica, espontánea, soñadora y de un talento igualmente sorpresivo y sin demasiadas apostillas.

Un libro, no me cabe duda, para todos los enamorados de la música y aun de la literatura. Un ejemplo sencillo y magistral de cómo se conduce un tema con buen gusto y exquisitez, sin ningún tipo de pedantería. ¿Crónicas periodísticas, biografías, reseñas históricas? No importa. *Lo que cuentan los boleros* es un libro para perdurar en la historia musical de nuestro país. Un libro para contar y cantar.

LUIS GERMÁN SIERRA J.



¿Será que aquí no llueve nunca?

Momentos mágicos. Embrujo de la costa pacífica colombiana

Victor Englebert

Englebert Editores, Cali, 1992, 128 págs., fots.

Tengo para mí que la selva húmeda tropical y la costa del Pacífico colombiano son tierra de Maqroll el Gaviero. A lo largo de la travesía por el río Xurandó, en *La nieve del almirante*, está la misma aventura sin futuro, el mismo clima atosigante, iguales insectos de élitros azules y tormentas que doblan el zinc de los tejados, el mismo olor de animal y lianas y esa densa atmósfera que amenaza sumir todo en un abismo sin regreso.

Ejemplo de un mundo que, inventado y traspuesto por la poesía, encuentra, a posteriori, su correspondiente reflejo en la realidad. Operación inversa la del fotógrafo que emprende una expedición y, en lugar de la invención poética, cuenta con una realidad y procede a buscar el instante que pueda revelar el embrujo o la magia. Tal vez el escritor toma dictado y compone, y el fotógrafo espera, mira y escoge.

Como antecedente cercano está el libro del fotógrafo antioqueño León Ruiz *El Río Grande de la Magdalena* publicado por Editorial Colina. Ruiz emprendió un viaje a lo largo del río y produjo un buen libro de fotos, acompañado por un texto que no está a la altura de las imágenes impresas. Los editores utilizaron una tipografía de tarjeta de matrimonio que hace aún más ingrata la lectura.

La magia que promete el título resulta escasa cuando se recorre el libro de Englebert, escrito en primera persona. Narra las experiencias personales del fotógrafo y sus observaciones en cinco regiones del Chocó, desde el extremo sur, en el río Satinga, hasta las bocas del Atrato, en el golfo de Urabá, pasando por el valle y la ensenada de Utría.

Es frecuente el mal uso de la tilde, de las conjunciones y de las preposiciones. Aliteraciones y consonancias

repetidas confirman el descuido en la redacción. En los primeros tres capítulos, el relato recuerda las composiciones escolares de vacaciones. A veces se encuentran los recursos triviales del periodista que tiene que llenar renglones. Un romanticismo ecológico superficial, mezclado con detalles insulsos y pequeñas anécdotas personales sin interés, elevadas al rango de trascendentales, demuestran que, si bien el autor logró congelar cierta magia en las fotografías, en la mayor parte del texto condensó una esencia prosaica.

Los dos últimos capítulos, "Por el río Atrato" y "Entre los Noamas", están mejor escritos y logran que el lector sostenga el deseo de leer. Las anécdotas y observaciones tienen mejor sentido. Pero el fantasma de El Gaviero ronda reclamando una literatura más justa para sus tierras.

"Los momentos mágicos revelan los secretos íntimos de la naturaleza", escribió el autor en la presentación. Tal vez es justamente lo contrario: un momento mágico no revela ningún secreto. Un momento mágico descubre que el secreto existe, que le es propio el misterio, y que, nada más ni nada menos, nos queda la resignación de aceptarlo y la dicha de haberlo conocido. Ni en estas fotos ni en el texto se revelan secretos íntimos de la naturaleza, porque son eso: secretos íntimos.

Encontramos más bien en este libro una selección de imágenes, todas ellas bien elaboradas, que describen paisajes y aspectos de una región colombiana poco conocida. Casi todas son convencionales y previsibles. Olas reventando contra acantilados, palmeras, costas, pájaros. Si bien el libro es justo con esos cielos de plomo y el verde ineludible de la selva húmeda tropical, es inexplicable que no se encuentre un solo registro de la lluvia que cae sobre la región reputada como la más lluviosa del planeta. Todo luce a veces demasiado *National Geographic*. Periodismo fotográfico de marca, estética turística, escasa poesía.

Comparando este libro con otro anterior del autor, titulado *Vibrante Colombia*, se nota que la mirada ha ganado profundidad, unidad y concentración. Sobre todo porque el afán de convertir las hojas en papel moneda

ha cedido. Y porque la belleza y la imponente indecible del medio natural hace que haya que captarlos de ese modo.



Hay fotos en las que se siente que el alma de la naturaleza quedó retratada: la caída de agua en Ladrilleros (pág. 63), el mercado sobre el Atrato en Quibdó (pág. 64), el denso verdor de la selva (págs. 77, 82, 106). Tal vez la fotografía más sobresaliente, porque es una imagen que sólo la fotografía puede producir, es una caída de agua en Bahía Málaga (pág. 89). Sin el fotógrafo y su cámara este momento nunca nos sería revelado. No comprendemos ni comprenderemos el secreto que encierra. Basta presenciarlo. Aquí el arte, como quería Klee, no reproduce ni embellece lo visible, sino que *hace visible*.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Hernán Díaz, autor de Cartagena

Cartagena de siempre

Hernán Díaz

Villegas Editores, Toppan Printing Co. Ltd, Japón, 1992, 150 fotografías, 62 págs.

Historiada y fotogénica, luminosa y única, Cartagena es blanco fácil del negocio editorial. Es así como le han propinado diversos y numerosos libros fotográficos. *Cartagena de Indias*, *Cartagena a ojo de alcatraz*, *Cartagena industrial*, *Cartagena*, son títulos que se repiten una y otra vez a lo largo de los años, buscando atender las inestables oleadas de visitantes y las campañas de promoción de la ciudad.

El rico espectáculo de su belleza arquitectónica y natural, y la complejidad propia de la vida caribeña, se han ido reduciendo a una magra colección de postales estereotipadas, producidas con diversa fortuna. Es lo que podríamos llamar una "estética turística", en el mal sentido de la palabra. Una y otra vez, desfilan en los consabidos libros esos enrojecidos atardeceres, los contraluces de palmeras, pelicanos, garitas y murallas; negras con sus poncheras de frutas vendedores de copito de nieve, el centro de convenciones, algún embarcadero, tal vez el buque insignia Gloria.

La estética turística se vale de la apariencia brillante, de las imágenes genéricas, del lugar común, pero sobre todo de la máscara sin alma, del maquillaje facial, de la apariencia vaciada. Los libros que guardan estas estampas están reiterativamente acompañados de textos insulsos en un caso, elegiacos en otros, dulzarrones, inútiles casi siempre.

La Cartagena de Hernán Díaz comenzó a ser construida hacia 1958, y a la fecha consta de una población numerosa de imágenes, algunas de las cuales han sido ampliamente divulgadas hasta convertirse en clásicas. Un libro previo publicado hace un decenio (*Cartagena*, Fondo Educativo Interamericano, 1982) constituye la cartografía más detallada de la ciudad que

Díaz ha producido. Es una suerte de *summa* fotográfica, pues reúne 150 fotos, varias de ellas en color. Repasando este álbum, se constata que las observaciones que hiciera el entonces presidente Belisario Betancur sobre el artista siguen siendo acertadas: Hernán Díaz ha excluido la monumentalidad en una ciudad que es ella misma monumento; ha preferido el "rancio desaliño", de que hablaba el Tuerto López, a la elegía militar arquitectónica, entregando así una ciudad nueva, distinta, "con nitidez canicular".

Por su parte, Darío Jaramillo Agudelo escribió en la tapa que cierra el citado volumen: "Hernán Díaz deja en sus fotos el testimonio de un hechizo y localiza una geografía más profunda, que vincula su historia personal con la ciudad y que establece lazos e identidades entre la mitología —haciéndola visible— y las fechas y los habitantes de este lugar embrujado donde el tiempo se mide en destellos".

Cartagena de siempre contiene la Cartagena esencial del artista, la Cartagena decantada con la perspectiva del tiempo y el refinamiento del ojo y el oficio. Es el más puro extracto de tuétano visual elaborado a lo largo de más de veinte años. La insistencia en unas imágenes es plenamente justificada por la fuerza interior que poseen, por su autonomía y por la capacidad de condensar y concentrar el momento irreplicable que se constituye en una suerte de símbolo.

El único faltante en esta publicación, es la fecha de cada foto y un texto propio del artista, quien en otras ocasiones ha hecho gala de una pluma imaginativa y emocionada.

La renuncia al color es significativa. Fotografías trascendentales como *Pérsides*, *Tramo de la muralla* y *La ropita colgada*, que en el libro de hace diez años aparecieron en sepia o en color, hoy se encuentran en blanco y negro. Ante la posible estridencia turística del color enardecido del trópico, el artista optó en definitiva por el rigor y la pureza sin concesiones del blanco y negro.

El trabajo de impresión, realizado en el Japón, es simplemente excelente. La riqueza de grises es excepcional entre las publicaciones de su clase y le confiere calidez y profundidad a cada